

El dinero: cultura inhumana y superstición anticristiana (Comentario a dos libros recientes)

José Ignacio González Faus
Cristianisme i Justícia
Barcelona

Rosa Regás, *Contra la tiranía del dinero* (Barcelona: Ara Llibres S.C.C.L., 2012). ISBN 978-84-940089-4-8.

Hans M. Enzensberger, *¡Siempre el dinero! Una novelita sobre economía* (Barcelona: Anagrama, 2016). ISBN 978-84-339-7848-0.

“Hay dos categorías de ricos: ricos incrédulos y ricos creyentes. Los primeros, obviamente, no conocen el cristianismo; los segundos aún lo conocen menos, puesto que creen que pueden creer en él y practicarlo, a pesar de su riqueza” (C. Péguy).

Estas palabras de C. Péguy muestran hasta qué punto el dinero es un tema decisivamente cristiano. Precisamente por eso, es también un tema profundamente humano. Ello explica la frase de un economista moderno: “el asunto de la distribución de la riqueza es algo demasiado importante como para dejarlo en manos de los economistas”¹.

Por eso, resulta sintomática la repetida aparición de libros sobre el dinero, en los últimos tiempos. Ello muestra que el dinero se nos ha convertido en un problema y que las duras palabras del evangelio y del Nuevo Testamento

1. T. Piketty, *El capital en el siglo XXI*, p. 16 (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2014). La cita anterior de Péguy la tomo de la antología compuesta por Martín Descalzo, *Palabras cristianas*, pp. 95-96.

contra el dinero² no son exclusivamente “religiosas”, sino de valor humano: por aquello de que lo más auténticamente cristiano es además lo más profundamente humano.

Presentaré aquí dos de esos libros, que no proceden de economistas, sino de buenos analistas de nuestra cultura. Ello obliga a reconocer que su óptica puede no ser completa, pero que de ahí brota la necesidad de un diálogo de los economistas con estos autores. Porque como muchos economistas reconocen hoy, la economía no es una ciencia matemática, sino una de las ciencias humanas.

La presentación la haré a base de citas de los dos autores, sistematizadas por mí y con algunos comentarios propios. Si queda espacio, añadiré un breve apéndice en forma de antología de textos, tomados de la historia humana, para mostrar que no hay ninguna novedad en esa demanda, sino que son los economistas los que la han olvidado.

1. Contra la tiranía del dinero

El objetivo del primer libro me parece ser lo que la autora dice ya en el prólogo: “Hay que mirar el dinero con ojos distintos” (p. 12). Ello exige, pues, una primera explicación de esos ojos nuevos y de esa mirada nueva.

1.1. Qué es el dinero

El lugar del dinero: “El dinero debería ser *únicamente* el fundamento de la economía, pero lo es igualmente, en muchos casos, de la cultura, los derechos sociales, los valores, las religiones y otros tantos aspectos de la vida” (p. 16).

Situando el dinero en su lugar, podremos creer en “la posibilidad de que dejemos de *entender el dinero como un derecho personal*”, el único que puede darnos la felicidad; y pasemos a pensar en él [...] como [algo] *que sirve para paliar desigualdades*, para solucionar problemas, para garantizar derechos como la alimentación, la vivienda, la educación y la sanidad a toda población” (p. 23).

¿Por qué hay que situar al dinero en su lugar? Pues porque “no es el dinero privado el que nos va a hacer vivir más plenamente la vida” (p. 24). Al contrario, “donde trafica únicamente el dinero, ya sea en un país, un gobierno, un ayuntamiento o una familia, desaparecen unos valores que son los que nos pueden dar

-
2. Presentadas, por ejemplo, en el capítulo “Jesús y el dinero”, del libro *El amor en tiempos de cólera... Económica* (Madrid: RD-Khaf, 2013).
 3. Eso dicen las definiciones de la teoría actual. Pero no es verdad: el dinero es mucho más que eso. Así, el dinero *no es neutral* y, por ello, se le idolatra. N. B.: Los subrayados son siempre míos, mientras no diga expresamente lo contrario.

soluciones distintas de las meramente económicas” (p. 26). “De todo hay en la viña del Señor, pero la cultura del dinero cada vez nos deja con menos” (p. 29)⁴.

Por eso, nuestro gran mal es que sea “*la codicia el elemento más santificado de nuestra cultura*” (p. 26). Y como “los humanos tenemos tendencia a dejarnos dominar y encontramos seguridad en el cumplimiento de los mandatos” (p. 20), pues entonces, “no nos dimos cuenta, o no quisimos dárnosla, de que el dinero como único referente nos estaba comiendo. Nos estaba dominando, se estaba haciendo con nuestras vidas y, lo que es peor, con las de nuestros hijos. Sin referencias del pasado, de sus familias y de su pueblo, ellos habían nacido y crecido en una normalidad económica que se correspondía casi exclusivamente con la voluntad de sus padres, no con el bienestar real” (p. 61).

Todo esto obliga a recoger algunas afirmaciones sobre diversos campos relacionados con el dinero.

1.2. Sobre la economía

“Alberto Garzón dijo en una entrevista [...] que estudió economía porque, según uno de sus maestros, no recuerdo el nombre, era la mejor forma de no dejarse engañar por los economistas” (p. 21). Y efectivamente, “cuando escuchamos a los políticos, aun sin ser expertos en la materia, vemos que se explican tan mal y se contradicen tanto que no nos es difícil deducir que tampoco ellos conocen el verdadero significado de los términos económicos que emplean” (p. 17). Lo cual tiene dos consecuencias perniciosas. Por un lado, “*a este consumo exacerbado se le ha dado en llamar crecimiento*” (p. 19). Además, “somos incapaces de darnos cuenta de que con ello [la prima de riesgo, el Ibex, etc.] se construye *una cortina de humo* que minimiza los desastres y justifica las medidas brutales que los gobiernos, obedeciendo órdenes de quienes en verdad tienen hoy el poder en Europa, aplican sin compasión contra los ciudadanos” (p. 16).

Esto obliga a echar una rápida mirada sobre nuestro sistema económico. “El capitalismo en sus inicios emprendió aventuras económicas que algo tuvieron que ver con la creación de riqueza y con el progreso [...] Sin embargo, según el decir de muchos economistas y pensadores, aquel modelo original está en profunda decadencia, ha terminado o está terminando su ciclo” (p. 73). “De ser promotor y realizador de inmensos progresos que hicieron avanzar asombrosamente a la humanidad ha pasado a convertirse en lo que es hoy: una exacerbación de ciertos presupuestos que lo han transformado en *un instrumento al servicio del beneficio*, al precio que haga falta. Ha creado más riqueza pero también *mucha más pobreza*,

4. Curiosamente, también Varoufakis, en su *Economía sin corbata* (Madrid: Planeta, 2015), sostiene que la aparición del excedente o del beneficio, que pone en marcha el comercio y la economía, lleva anejo el peligro de pervertir los valores, reduciéndolos a solo valores materiales y confundiendo el precio con el valor.

ahondando cada vez más la diferencia ente las grandes fortunas y los millones de ciudadanos que viven en la más absoluta miseria” (p. 79)⁵. Porque “cuando el capital tiene pingües beneficios ni los reparte ni paga por ello en la medida proporcional al monto del capital empleado ni del beneficio obtenido. Sin embargo, cuando el capital (o las empresas que viven de él y a él deben su existencia y su riqueza, como los bancos) tienen malos resultados, el Estado le soluciona los problemas con el pretexto de que su caída perjudicaría al pueblo” (p. 81).

El capitalismo cree que de la riqueza de los ricos depende la disminución de la pobreza de los pobres: cuanto mejor sea la cuenta de resultados de su empresa, es decir, cuanto más rico sea un empresario, mejor le irá al obrero que trabaje para él: tendrá mejor salario y más posibilidades de aumentar sus ganancias. Pero [...] cuanto menos le cueste a la empresa el salario del obrero, más beneficio acumulará para sí [...] El capitalismo no se ocupa de que el trabajador tenga sanidad, ni jubilación, ni educación porque está convencido de que son elementos que dependen de la voluntad de cada cual (p. 77).

“Es el capital el que establece compras y ventas antes [de] que el producto haya nacido en el campo de los desheredados” (p. 81). Notemos que eso contradice la falsa visión del mercado como factor de equilibrio que hoy propugnan los economistas neoliberales.

1.3. Sobre la crisis

Este capitalismo es el verdadero culpable de la crisis en la que aún andamos metidos, aunque los economistas digan que no. Por eso, la autora llena su libro de alusiones a la crisis. Puede ser positivo que nos afanemos por “conocer en qué nos han engañado y cómo hemos vivido sumergidos en ese engaño” (p. 13).

“Frente a las brutalidades a que nos someten los poderes económicos europeos y españoles (igual que hacen con griegos, portugueses, italianos o irlandeses) buscamos profundizar en las actitudes económicas que con tanto cinismo adoptan nuestros gobernantes” (p. 11). Así veremos que “A la clase trabajadora la han sometido con una reforma laboral que entusiasma a la CEOE y a los europeos neoliberales y derechistas que nos gobiernan, pero que dice muy poco a favor de la decencia económica y social de quienes la han ideado” (p. 28). Los verdaderos culpables son Merkel y la troika. Si no fuera por ellos, “no se entiende que los países no aumenten en ingresos subiendo los impuestos a las clases más favorecidas (como a los riquísimos armadores griegos a quienes por tradición apenas se les grava con impuestos)”. En concreto, respecto a España,

5. La autora cita: 46 millones de personas en Estados Unidos viven por debajo del nivel de la pobreza, la mayor cantidad de pobres desde la Segunda Guerra Mundial. La renta de uno solo de los multimillonarios mexicanos equivale a los ingresos de los 17 millones de ciudadanos más pobres de aquel país (pp. 85-86).

esta “presentó como deuda pública la totalidad de la deuda, cuando la privada alcanzaba a principios del verano del 2012 el 84% del total y la pública sólo el 16%” (p. 30). La amnistía fiscal fue “una medida que tampoco le ha servido de nada a la economía del país, como prometieron sus gobernantes al justificar ese perdón” (p. 33). ¿Cómo puede sostenerse, a pesar de todo, una cultura y una vida montadas sobre el dinero? La respuesta la dan los dos apartados siguientes.

1.4. Sobre el consumo

La burguesía de hoy, que tiene infinitamente más dinero que la del siglo XIX, no tiene la pasión por la arquitectura, ni por la pintura, ni por la sociedad... de esta (p. 29). Y la razón: “Defendemos *esta civilización hija del consumo* que nos ha convertido en una sociedad sumisa al mercado. Para colmo está basada en la competencia”. No estamos “dispuestos a renunciar a ella” y así “hemos entrado en una globalización que ya no controlamos sino que es ella la que nos gobierna a todos” (p. 38).

Si dejamos de consumir cosas inútiles, “se cierne sobre nosotros la gran amenaza del estancamiento” (p. 39) y, además, “los productos que fabricamos no tienen que durar pues, de otro modo, se dejarían de vender con la rapidez necesaria” (p. 39). De este modo, “el ansia sólo se cifra en *la posesión inmediata*, la que no dura, la que calma el mero afán por tener” (p. 42). Más que consumir, lo que buscamos es “quedar como unos señores [...] Nadie quiere pasar por un antiguo que no sabe cómo funciona la última novedad o no tiene el último modelo” (pp. 44-45). El afán de tener, sea para comprar, sea para presumir, sea para despertar envidia, sea por competencia, es “*una forma de vida que se ha extendido por el mundo entero*” (p. 47).

“El mundo entero está sumido en el amor al dinero y la pasión por el consumo” (p. 47). Y acaso “¿no se simplificaría todo si fuéramos capaces de controlar nuestras ansias de consumo por envidia, por codicia, por mero capricho o por la tentación de parecer más ricos y mejores a los ojos de los demás? [...] Podríamos dedicarnos a actividades culturales que nos hicieran mejores y nos reportaran más placer, y a otras que nos proporcionaran más alegría que las compras, más felicidad, más capacidad de pensar en el mundo en que vivimos...” (p. 53).

“Estamos acostumbrados a pensar que todo lo que gastamos nos es indefectiblemente necesario y nos resulta del todo punto imposible pensar que nuestra vida podría estar montada sobre otras coordenadas que supusieran menos dispendio” (p. 75). Aquí ha aparecido el factor más decisivo de toda esta reflexión: como señalaron antaño muchos maestros del espíritu, el drama del dinero nos lleva al éxito, al poder y a la superioridad. Así pasamos a un capítulo nuevo.

1.5. Sobre el éxito

“Las cosas han cambiado en el mundo y si antes el nuevo rico estaba mal visto entre los ricos burgueses y los aristócratas [...]; ahora ya no. Al contrario, el nuevo rico es un ejemplo que nos viene a demostrar que no hacen falta generaciones para ser rico, sino que podemos serlo en cualquier momento, siempre que estemos dispuestos a pagar por ello cualquier precio” (p. 67).

“Sin darnos cuenta de cómo ha ocurrido *somos hoy esclavos*, nosotros y nuestros hijos, del éxito y el dinero hasta extremos que no habrían sido comprensibles ni para las generaciones de nuestros padres y abuelos, ni para las que vivieron en los siglos XIX y XVIII” (pp. 64-65).

“La calidad no debería medirse por el alto precio de compra o de venta, pero es así como ocurre. Porque calidad y éxito no siempre son parejos cuando hablamos de creación” (p. 69). El éxito “nos hace creer que poseemos virtudes profesionales de las que carecemos y habilidades desconocidas solo porque por ellas nos aplauden quienes nos rodean, ansiosos como están por beber en el mismo cáliz del éxito que nosotros. *El éxito nos impide ver el ridículo en que nos ponemos* ante millones de espectadores, nos hace creer en un amor que no existe y nos muestra un aspecto de nosotros que nada tiene que ver con la realidad...” (p. 71).

Pero el reverso de todo este tapiz crematístico y consumista es la muerte de la ética. Redactando este comentario un año después del centenario de Olivia de Havilland, brindo a la autora este diálogo de una de sus películas: “hay diez mujeres más bellas que tú, mil quizá más inteligentes que tú; pero tú tienes una virtud que ninguna de ellas tiene”. Y a la pregunta de la actriz: “¿cuál?”, la respuesta es bien sencilla: *el dinero*. El dinero convertido en virtud nos lleva al último apartado.

1.6. La ética

Los que hicieron sus fortunas o dieron sus pelotazos cuando era mucho más fácil, con la connivencia de cargos públicos, o privados relacionados con los públicos, todos ellos sin demasiados escrúpulos [...], viven tranquilos porque la sentencia condenatoria que siguió a la imputación de que fueron objeto años ha, casi nunca se cumple por diversos motivos judiciales, el más socorrido de los cuales es que la fecha del delito ha prescrito [...] Y como se trata de delitos económicos que apenas cuentan en la valoración social, profesional, política y financiera de los imputados y condenados, siguen haciendo de las suyas con total impunidad (p. 68).

Hay pueden ser menos verdad estas afirmaciones, aunque, a lo mejor, los incontables casos conocidos son solo la punta del iceberg. De hecho, entre los 7 millones de votantes fieles al Partido Popular, una gran parte no parece

ser gente corrupta o que aspira a la corrupción. Y otra parte menor son gente católica, religiosos de cierta edad, etc., con gran sentido social, por un lado, pero, por el otro, asustados por la ciega propaganda de algunas izquierdas, que les hacen temer que “nos van a quitar la escuela” (concertada). Sin este regalo que le hace la izquierda, el Partido Popular no tendría casi posibilidades de ganar unas elecciones.

He aquí algunos ejemplos conocidos. Empresas que tienen *niños pequeños, muy pequeños, trabajando, a precios de vergüenza y con horarios de esclavitud*. Que fabrican leche en polvo para lactantes, que van a los hospitales de los países pobres ofreciéndolas gratis, a las parturientas, para que desteten a sus hijos y luego se vean obligadas a comprarla. Venta en países lejanos de medicamentos caducados o en periodo de pruebas, aprovechando la escasez de medios locales para combatir tales comportamientos. Fábricas de tabaco que añaden productos adictivos a las mezclas, laboratorios farmacéuticos que niegan a los países pobres permiso para fabricar genéricos, y la especulación a que son sometidos productos de primera necesidad en países del tercer mundo por multinacionales obsesionadas por la industria de los biocombustibles.

Mientras tanto, nosotros “actuamos como si todo eso perteneciera a otro mundo distinto del nuestro, donde no existe el mal que provocan las noticias que nos llegan” (pp. 94-96). “Esas operaciones delictivas que tanto nos horrorizan cuando las conocemos, pasan a formar parte, cuando invertimos en ellas, de otra galaxia lejana donde no se dirime [...] nuestra economía y nuestra vida” (p. 98).

¿Por qué? Entre otras razones, porque esos delincuentes “cuentan con despachos de sabios abogados a su servicio que se ocupan a todas horas de encontrar los resquicios por dónde escapar al delito cien veces contemplado y conocido [...] Aun así, nos enteramos de algo”. Pero “acaba siendo elegido un dirigente de un partido de corruptos que mira hacia otro lado para no verlos y que, en su cinismo se dedica a alabarlos” (pp. 98-100). Por lo que “*la corrupción no es un impedimento para la vida política, ni para la empresarial* (dicho sea de paso)... En España, para ser alcalde, ministro, presidente de una comunidad o del gobierno, no hace falta poseer la decencia y la honestidad de la que tanto presumen los cargos públicos” (p. 105). De modo que “el delito económico no es delito en España” (p. 106).

Y saliendo de España, “¿por qué los gobernantes de Europa asisten impertérritos a la violación de los derechos humanos por parte de los poderes que gobiernan [la Unión Europea]? Siempre por la misma razón: porque para ellos la prioridad no reside en el cumplimiento de lo que decreta la Constitución o preconizan los Derechos Humanos, sino en el dinero” (p. 114).

Y curiosamente, “Son las generaciones de los que hoy son jóvenes y adolescentes las que en último término cargan con la acusación de que carecen

de valores, como gusta tanto decir a la derecha de este país. No se detienen a reconocer que son los propios padres los que los han educado con unos valores únicos y fundamentales, si es que podemos llamar así la ausencia de esfuerzo, el éxito a toda costa y la primacía del dinero” (p. 64). “¿Acaso sabemos en qué invierten los bancos el dinero que les damos cuando nos ofrecen depósitos o inversiones suculentas que, según nos dicen, nos darán beneficios superiores a los establecidos? No lo sabemos ni lo queremos saber” (pp. 64-65).

1.7. Conclusión

Creo que toda la enseñanza del libro cabe en estas tres conclusiones, que constituyen la “nueva mirada” de la que hablábamos al inicio de esta reseña. La primera, “*El mundo entero está sumido en el amor al dinero y la pasión por el consumo*. Tal vez quedan algunas tribus escondidas en la selva y desiertos que siguen nutriéndose de otros valores como la sabiduría, la fraternidad, la libertad, el goce del paisaje o del agua, la complicidad y la búsqueda de una felicidad distinta a la de poseer y tener y que tiene mucho más que ver con el ser o el querer ser” (p. 48).

Sin embargo, “*el dinero, sólo el dinero, no nos dará la felicidad en esta vida ni la tranquilidad frente a la muerte*”. Solo nos hace “anteponer lo crematístico a la calidad” (p. 120), o sea, el eterno refrán de que “los necios confunden valor y precio”. Pero ahora sin el adverbio “solo”, porque ya todos somos necios. Y la autora alude además a casos de personas famosísimas que “por más que han sido la envidia y hayan despertado la admiración del mundo entero, algunos se quitan la vida, incapaces de soportar la magnitud de la frustración que arrastran” (p. 110).

Por último, *nuestros políticos “están en manos de un neoliberalismo o capitalismo exacerbado que los mantiene encadenados y con la mente paralizada”*. Y “consiguen que nuestras mentes queden dominadas por el ansia de tener, o sea por el dinero, sin ningún otro atributo, ni particularidad ni objetivo, ni característica [...], sin alma ni corazón, pues los han vendido por un puñado de lentejas, ni siquiera saben a quién”⁶. De resultas de eso, “el progreso ya sólo lo entendemos como progreso económico”. Mientras que “sólo si tomamos la vida, el tiempo y la libertad como primeros valores construiremos poco a poco una nueva cultura del dinero, en la que el desarrollo no vaya sólo a favor de los poderosos, de su desenfrenada codicia y de sus espectaculares finanzas, es decir: que no vaya en contra de la Humanidad” (pp. 125-138).

6. Aquí introduce Rosa una larga digresión sobre la independencia de Cataluña, quizá porque fue duramente atacada por algunos independentistas. Su tesis viene a afirmar que se puede ser independentista, pero no tiene sentido intentarlo, si se mantiene la misma concepción del dinero.

2. Siempre el dinero

Si el libro anterior atiende más bien a lo que cabría calificar como *cultura del dinero*, este otro bien podría titularse *psicología del dinero*. El autor fue premio Príncipe de Asturias de Comunicación y es uno de los pensadores más populares de la Alemania de hoy. Traductor de poetas hispanohablantes como R. Alberti o César Vallejo y autor de una biografía de Buenaventura Durruti, Enzensberger ha tejido una novela, cuyo argumento son las visitas de una tía abuela millonaria a una familia de clase media justa, y las conversaciones de esta tía con sus resobrinos.

Como novela, no es ninguna obra maestra, pero da pie al autor para entablar una especie de diálogo platónico sobre el dinero. La tía es descrita por la sobrina mayor como “astuta y cínica”. Ello le permite darse cuenta lúcidamente de cómo funciona el mundo del dinero y, no obstante, reconocerlo sin pudor, sin necesidad de buscarle falsas justificaciones: la vida ha sido siempre así y no vale la pena pretender cambiarla. A lo único que cabe aspirar es a que las calamidades no me afecten a mí personalmente.

Con todos los riesgos de sistematizar lo que son conversaciones dispersas, voy a intentar reducir las enseñanzas de esa tía millonaria a siete tesis, cuyos títulos son míos, y a las que añadiré algún pequeño comentario.

2.1. El dinero se funda en la mentira

Si este título parece muy radical, recordemos el otro título de G. Giraud, *La ilusión financiera*, y tengamos en cuenta que la tía Fe habla del dinero en la era de la economía financiera. Esa mentira del dinero se despliega en tres campos: la deuda, la publicidad y la pseudotécnica.

La deuda. “Los únicos que pueden imprimir dinero falso son los políticos: [...] ‘Fiat Money’⁷: de donde no había nada, Dios creó el cielo y la tierra. A los Bancos emisores no se lo tuvieron que decir dos veces: con la creación de dinero generan algo de la nada [...] Un Estado no puede entrar en quiebra, por eso se presenta bajo una luz más favorable: el Estado ajusta los números y a continuación aborda una ‘reestructuración’, o emite deuda. Un procedimiento muy normal [...] Los gobiernos producen constantemente más dinero porque quieren volver a ganar las elecciones y ésa es una forma de incrementar rápidamente los salarios [...] Otras veces lo hacen para reducir el paro o porque la gente se ha endeudado en exceso. Luego hacen exactamente lo mismo que las grandes multinacionales con sus balances: hay miles de trucos para disimular las deudas. Lo único que está claro es que cada ciudadano del país es responsable del dinero que ha

7. Parodia del texto latino de la Biblia (*fiat lux*: hágase la luz), con el que comienza el relato de la creación del mundo.

tomado prestado y debe pagar intereses, incluidos los bebés y las abuelas [...] Hay países en los que una persona está atrapada con cientos de miles de euros antes incluso de mojar el primer pañal” (pp. 39-41).

Me parece que esta explicación es similar a la que da Varoufakis, aunque él habla de tomar dinero “del futuro”, no de la nada. Las dos fórmulas valen, porque, cuando ese préstamo imaginario funciona, cabe decir que se lo tomó del futuro; pero si fracasa, se lo habrá tomado de la nada. Con una antigua formulación escolástica —usada, por ejemplo, para definir qué es el tiempo y el espacio—, cabría decir que el dinero de la deuda es un *ens rationis cum fundamento in re*: una ficción (un ente de razón), pero una ficción que se apoya en algo real. Cuando Varoufakis habla del futuro, atiende al aspecto de realidad; cuando Enzensberger habla de la nada, atiende a su aspecto irreal. El dinero se convierte, entonces, en “la quimera del oro”. Precisamente por eso, para salir de la deuda.

Existe un montón de fórmulas. Si uno tiene moneda puede devaluarla de un plumazo [...] Es indignante pero hay personas que se alegran: son los exportadores porque, de repente, pueden ofrecer sus coches o máquinas en el extranjero a un precio mucho más bajo y hacer así más negocio [...] Eso no elimina la deuda, pero si un país logra eliminar dos ceros, por ejemplo, queda mucho mejor. A eso se le llama reforma democrática [...] Existe también el método conocido como recorte de la deuda: al Estado en quiebra se le perdonan unos millonajes y quienes fueron lo bastante idiotas como para prestarle dinero se lo tienen que pintar al óleo. Al final siempre hay alguien que paga el pato (pp. 42-43).

Pero esos son métodos extremos. Hoy la mayoría suele decantarse por opciones más elegantes; ¡un poco de inflación tampoco está mal!, dicen. Así, a lo mejor, la gente no se da cuenta de que su dinero pierde valor progresivamente [...] Eso es algo que los Bancos Centrales no sólo admiten sino que incluso desean. La carestía también se planifica a conciencia. A los buenos ahorradores se les ofrece un interés por debajo de esa cotización pero, después de pagar impuestos, constatan que año tras año, todo lo que han ahorrado se va encogiendo [...] A eso se le llama “represión financiera”. Nosotros le podemos llamar represión o simplemente opresión. Es una práctica común (pp. 42-43).

La publicidad. “Si alguien os dice: ‘por favor, confiad en mí’, es que hay gato encerrado. Os imploran confianza y gastan millones en ello [...] Los Bancos, los partidos, las multinacionales, los supermercados [...] empapan las ciudades con carteles, insertan publicidad en los periódicos, en las páginas web y en la televisión [...] Durante la campaña electoral los candidatos os sonrían como si no hubieran roto un plato en su vida, entre súplicas y apretones de manos. Sólo quieren lo mejor para vosotros, vuestro voto y vuestro dinero. ¿Por qué tantos esfuerzos? Porque os han tomado el pelo tantas veces que ya nadie les cree” (p. 66).

“Tu fantástico teléfono está constantemente ofreciéndote algo que supuestamente no cuesta nada [...] Pero ¡todo es mentira! Echa un vistazo a las condiciones de uso de cualquiera de esos productos, lo que antes se llamaba la letra pequeña, y alucinarías con lo que pone. No es sólo que te tuteen, también te dicen: ‘nos reservamos todos los derechos que no te hayamos concedido de forma expresa’. Obviamente nadie lee hasta el final esta insidiosa declaración de sumisión que tú, desde luego, firmaste sin rechistar” (p. 70).

Basta con escuchar un noticiario de la *SER*, por ejemplo, para ver lo descrito en el párrafo anterior. A veces, incluso, esa publicidad se lleva tanto tiempo como las voces de información. Y lo malo no es que sea publicidad y engañosa: es que es hortera y de poca garra. A mí me recuerda lo que le decía Petronio a Nerón en una vieja película: “asesina, pero no cantes”. Como si sus autores contasen de antemano con que nos vamos a tragar todo lo que nos echen.

La pseudotécnica. “Los llamados analistas y asesores de inversiones son tan de fiar como los videntes que leen los posos del café y fingen saber más de lo que saben sólo para engrosar sus sueldos y comisiones. Si realmente sus consejos fueran infalibles, serían más ricos que sus jefes y clientes” (p. 97).

Diríamos que los economistas, según nuestro autor, se parecen un poco a *El médico a palos*, la célebre pieza de Molière. O a aquellos emperadores y generales romanos que consultaban las tripas de un animal para saber si debían emprender una batalla. Quizá no hemos avanzado mucho respecto de ellos, en ilustración y racionalidad. El dinero nos hace tan supersticiosos como ellos, aunque procure disfrazar de ciencia esa superstición...

2.2. La codicia facilita esa mentira

“Por un lado está la oferta y por otro la demanda, y la relación entre ambas determina el precio”, afirma un sobrino de la tía y esta le responde: “Ja, ja, eso es lo que dicen todos. Es lo que pasa cuando escuchas demasiado a los economistas. Pero como la mayoría de las cosas que nos quieren hacer creer, eso es una memez [...] Lo que llega a pagar la gente por pura vanidad es para llevarse las manos a la cabeza [...] Los economistas que se hicieron célebres con ese concepto de ‘rational choice’ creen firmemente que la gente se comporta siempre de forma racional, que tiene en cuenta hasta el último céntimo y que sólo elige lo que la beneficia económicamente. Eso es simplemente ridículo: ¿conocéis a alguien que actúe así?” (p. 80).

La codicia que hoy, en el caso del dinero, va acompañada siempre de vanidad, nos pone a todos en la situación de aquella pobre mujer de una vieja película, la cual dio también título a una novela de Montserrat Roig: “dime que me quieres aunque sea mentira”. Y habría que añadir que eso lo saben hoy mejor los publicitarios que los economistas. O quizá los economistas lo saben también, pero

disimulan para dar una apariencia de racionalidad a un sistema profundamente irracional. Aunque, en defensa de algunos economistas, habría que citar el libro ya viejo de P. Ormerod (*Las falacias de las ciencias económicas*), que ya había dicho eso mismo.

Y precisamente por esa codicia, casi nunca reconocida, “Los ricos son tan inevitables como el clima [...] Decidme una sola sociedad humana que haya podido librarse de esa colección de fieras. Al principio los bolcheviques lo intentaron, pero sus líderes pronto se aseguraron una existencia acomodada: Lenin conducía un Rolls-Royce que todavía hoy puede verse en un museo de Moscú y los propios revolucionarios se mudaron a los palacios expropiados. Y lo mismo que la riqueza, la pobreza no desaparece jamás” (p. 136).

Como se ve, el autor se mueve entre el reconocimiento de que los ricos son una plaga de fieras y la resignación ante lo inevitable de esa plaga. Esa resignación tiene un doble peligro: por un lado, el poder que tienen los muy ricos para no pasar como fieras, sino como dignos de respeto y admiración... Nadie dirá que son una colección de fieras hombres como Bill Gates o G. Soros, C. Slim, Amancio Ortega o Messi. Sin embargo, lo son, aunque se pueda, se debe, añadir que unos se acercan más a la figura de Zaqueo y otros al Epulón de la parábola. El otro peligro de esa resignación es que así se acepta que la pobreza no desaparecerá nunca, porque tampoco desaparecerá su causa —que es la codicia y la riqueza excesiva de unos cuantos. Pero esa resignación puede tener también una ventaja: su conocimiento de la pasta humana, que se convierte en una advertencia para muchos revolucionarios, que pueden dejar de serlo en cuanto lleguen a tocar poder. Es inevitable pensar en la enseñanza de I. Ellacuría sobre la necesidad de una civilización de la sobriedad compartida.

2.3. El poder enmascara esa mentira

“Es imposible hablar de economía sin palabras raras: ‘liquidez’... Eso significa que si tienes liquidez, puedes pagar; si no, estás en bancarrota y entonces te embargan los muebles sobre los que estás sentado. Eso, claro está, siempre que no seas un gran Banco. Porque entonces: eres un elemento estructural relevante para el sistema” (p. 91). “El sistema financiero funciona como un castillo de naipes: todo depende de las cartas de abajo. Si quitas una, la construcción entera se viene abajo. Por eso, a ningún Banco que tenga una de esas cartas puede pasarle nada: hay que salvarlo a toda costa. Si es necesario, recibe una inyección de liquidez del Banco central, o del Estado, a costa de los contribuyentes”. Y el autor cita aquí un sofisma, literalmente desvergonzado, de Margaret Thatcher: “nadie se acordaría del buen samaritano si solo hubiera tenido buenas intenciones. Además tenía dinero” (p. 92).

Ese argumento es tan hipócrita como decir que, de la viuda que echó dos monedas en la alcancía del Templo, nos acordamos porque “tenía dinero”. Pues del samaritano no nos acordamos porque tuviera dinero, ni siquiera sabemos si mucho o poco, sino por el uso que hizo de él. En lo que, sin querer, tiene razón la señora Thatcher es en reconocer tácitamente que de muchas personas excelentes no nos acordamos, ni hemos podido conocerlas, porque no tuvieron dinero.

2.4. Una mentira así, genera dos males

En efecto, esa mentira genera los males de la corrupción y la crisis. Un día, hojeando las páginas de economía de los diarios, la tía les comenta a sus sobrinos que “La mayoría de las novelas policíacas no le llegan ni a la suela del zapato a lo que un día tras otro se cuenta en esas páginas. Alguien que cometa un asesinato por celos es un ángel al lado de esos criminales de guante blanco”. Atrevida afirmación en tiempos en que andamos tan preocupados con la lacra de la violencia machista. “Como lector, no puede uno evitar frotarse las manos cada vez que un directivo de un fondo de inversiones termina entre rejas, aunque en el fondo sospecha que pronto le soltarán por buena conducta y que sus sucesores ya han puesto manos a la obra para proseguir con los negocios turbios”. Y confirma esa afirmación con unas noticias del diario conservador alemán *Frankfurter Allgemeine*: “los Bancos de Europa y América deberán pagar cien mil millones de dólares por diversas estafas. Entre las actividades fraudulentas hay violaciones de sanciones económicas, blanqueo de capital, manipulación de los tipos de interés, complicidad con la defraudación de impuestos, ocultación de riesgos y negocios hipotecarios cuestionables”. Y lo cita porque, a continuación, “la redacción del diario expresaba su comprensión hacia un sector tan vilipendiado”. Pues “Al fin y al cabo, ovejas negras las hay incluso en los rebaños más hermosos... Pero eso no era motivo suficiente para cargarse definitivamente un gran Banco. ¡Adónde iríamos a parar!” (p. 96).

Son cada vez más los pensadores que miran la corrupción como una enfermedad necesaria e inevitable de nuestro sistema. En esa dosis de impunidad de la corrupción coincide el autor con lo que había dicho R. Regás —apartado 1.6. Parodiando lo que oí una vez en Cataluña, “prefiero pasar hambre siendo independiente, que comer siendo española”, es mucha la gente que prefiere ser millonaria, aun estando en la cárcel, cosa por otro lado no segura, que ser libre siendo pobre. Porque si soy rico, tendré más poder, aunque esté en la cárcel, del que tendría cualquier ciudadano normal estando en la calle.

El mal de las crisis. En economía, “lo único que está claro es que las crisis no son una excepción sino la regla: forman parte del sistema operativo del capitalismo [...] La economía se parece a un casino: todos los que se sientan alrededor de la mesa imaginan que precisamente ellos ganarán un premio gordo antes o después. Algunos estudian detalladamente los resultados, mientras otros

contratan a matemáticos, convencidos de que les brindarán pronósticos de gran precisión” (pp. 108-109). Y “los derivados financieros son las armas de destrucción masiva del sector económico” (p. 111)⁸.

2.5. Eso no es lo que parece, ni lo que configura la mentalidad habitual

A quien esté fuera del mundo financiero, las afirmaciones anteriores le pueden parecer una exageración malintencionada, pero en la realidad funciona así. Lo que sucede es que la mentalidad habitual no es esa. La mentalidad habitual y su modo de ver viene representada a veces por el sobrino Fabián, único varón de los tres, y adolescente en edad de madurar, frente a su hermana mayor más madura. Por ejemplo:

Cuando peor está un trabajo, más monótono, aburrido y abominable es. No es verdad que el dinero apeste, al contrario. ¡Quienes viven en lugares sucios, ruidosos, estrechos y tóxicos, son siempre los pobres! Como los que deben sobrevivir con un dólar al día en los barrios de chabolas, haciendo seguramente algún trabajo ilegal o mandando a sus hijos a mendigar. Y al revés: cuanto más cómodo y placentero es un trabajo, mejor pagado está. Los jefes siempre se sientan en butacas cómodas en sus despachos con calefacción, y la secretaria les lleva café. Y si van de viaje, se alojan en una *suite* [...] Por eso he decidido que, a poco que pueda, no voy a ser pobre (p. 124).

“¿Por qué nos despiertan tanta curiosidad los ricos? Nadie los soporta, pero casi todos querrían ser como ellos. Lo único interesante que tienen es el dinero, y lo saben. La mayoría son bastante aburridos. Aunque no se puede generalizar [pero] si quieres ser rico de verdad, hoy por lo menos debes tener nueve ceros [miles de millones]”. Porque hoy, “alguien que tenga una carnicería que funcione, o una vivienda con la dirección apropiada, pertenece ya a este club que amenaza con desbordarse” (p. 130).

La reacción de ese muchacho la tienen hoy casi todos los adolescentes. Cabría objetar que las clases medias, cuya existencia parece desconocer la tía, tienen una gran importancia para matizar algunas afirmaciones tanto del sobrino como de su tía. Pero sucede que hoy se nos viene anunciando con frecuencia la disminución de esas clases medias, y quizás su desaparición, según los más pesimistas.

2.6. Pero el sistema es como una cárcel de la que no se puede salir

“Una cosa que no entiendo: cuando alguien de los superricos tiene ya más dinero del que va a necesitar jamás ¿por qué quiere ganar más? ¿Sólo para poder comprar un yate más grande que el del vecino? Es un misterio”. Un misterio al

8. Derivados financieros son los productos, o activos, cuyo valor se basa en el precio de otro activo.

que responde un concepto clásico en economía: el de la “utilidad marginal”, que el autor explica así:

Cuantos más millones tienes, menos te reporta ganar cien. Una vez le pregunté a uno de esos ricos por qué seguía incrementando su fortuna y me respondió con una vieja anécdota: un filántropo echa 200€ en el plato de un mendigo. Este se queda anonadado y se alegra muchísimo. “¡Qué poco necesita éste para ser feliz!”, piensa el primero. Para experimentar esa euforia yo tendría que fusionarme con la competencia australiana [fusionarme quiere decir tragármela]. El hombre me confesó que era incapaz de encargarse de la caja para gastos menores. En otras palabras: ser rico no es sólo una ocupación, también es una profesión. A la mayoría les cuesta mucho abstenerse, y aunque un superrico fuera capaz de ignorar sus millones, los demás se los recordarían constantemente (pp. 134-135).

El capital es lo que a uno le sobra [...] Ese dinero tiene que producir, no lo puedes dejar quieto: hay que invertirlo. Así es como el dinero pasa a llamarse capital. Y como suele decirse: “dinero llama a dinero” [...] Hoy en día, si guardas cándidamente tu dinero, se burlarán de tí. ¡Me río de los planes de pensiones! Cuando llegas a viejo descubres que, poco a poco, te han ido desplumando. Por eso hoy todo el mundo aconseja invertir en bienes materiales, queridos: terrenos, acciones, participaciones, capital riesgo [...] ésa es la divisa en estos tiempos. Y eso, naturalmente implica convertirse en especulador, quieras o no (pp. 105-107).

Lo que tú imaginas que tiene que ser una sociedad más justa no ha existido jamás. En decenas de miles de años, todos los intentos por alcanzar esa situación han fracasado, desde Espartaco hasta Mao y el Pol-Pot (p. 138).

Eso último es lo que responde la tía, y lo que responde hoy casi todo el mundo, cuando al sobrino le da un arrebato juvenil y reclama un mundo más justo. La tía le desengaña enseguida, cínicamente. Pero ese cinismo puede servir, en cambio, para afirmaciones como la siguiente, que nos llevará al último capítulo de esta exposición.

2.7. En el fondo, todo esto lo había visto ya K. Marx

“A lo mejor Marx era un tipo despreciable pero, por lo menos, no era un charlatán y un hipócrita como sus camaradas americanos [sino] un hombre inteligente e incorruptible: nunca había ganado dinero de verdad y, naturalmente, tenía que sablear a sus amigos para sostener a su mujer y sus hijos. Empezaron a salirle unos dolorosos forúnculos y murió con 56 años de un tumor pulmonar. Estaba lleno de rabia, pero tenía una vista de lince para darse cuenta de lo que sucedía [...] ¿Cuánto me hubiera gustado hablar con él”. Y ante la lógica pregunta del sobrino: ¿sobre qué?, responde la tía: “Hace más de 150 años auguró

que el capitalismo iba a terminar mal. Yo también lo veo así, le habría dicho. Pero ¿cuándo se derrumbará exactamente? Mientras Ud. y yo vivamos no, ¿verdad?" (pp. 139-140).

La ventaja del cinismo para los fines del autor es que permite reconocer la verdad sin necesidad de negarla. La tía sabe, como Marx, que el capitalismo así no puede funcionar; pero mientras no le afecte a ella, no le importa. Puro cinismo; pero quienes no reconozcan la razón de Marx será porque, o no son tan inteligentes como la tía, o son simplemente hipócritas, en vez de cínicos, y prefieren negar la verdad cuando no les gusta. Como ejemplo de esa hipocresía, la sobrina mayor comenta:

Me he dado cuenta de que los profesores del colegio, como los redactores de editoriales de periódicos, evitan el uso de la palabra "clase" y prefieren hablar de las "capas de la sociedad". Seguramente se han habituado a ello porque no quieren tener nada que ver con el marxismo (p. 141).

Al final, las reflexiones de la tía se acercan al enfoque cultural sobre el dinero, típico del libro anterior. Muerta la tía, la sobrina mayor recibe una carta póstuma de ella en la que lamenta no haber podido explicar todo lo que sabía sobre el dinero, pero, a la vez, aconseja no hacer demasiado caso de lo que les había dicho. Y concluye con este consejo que apunta otra vez a esa imprescindible civilización de la sobriedad compartida: "No se trata de qué haré yo con mi dinero sino de qué hará el dinero conmigo. No necesito demasiado y lo que necesito lo podré ganar yo misma algún día" (p. 197). "Cuanto menos penséis en el dinero, mejor. En el mundo hay muchas cosas menos fastidiosas" (p. 195).

Habrán cosas menos fastidiosas, pero nuestro problema hoy es que demasiada gente se ve forzada a pensar "siempre en el dinero": unos, porque no saben de dónde sacarlo para comer cada día. Otros, porque tienen tanto que se ven constantemente impulsados a pensar en él, para justificarlo, para protegerlo y para hacerlo crecer. Y la primera obligación de cualquier cristiano sano y suficientemente situado, ha de ser la preocupación por esos primeros.

Como apéndice, Enzensberger va poniendo en los márgenes del libro algunas sentencias referentes al dinero, de las que espigo las que me parecen las mejores:

- Cualquier Banco te prestará dinero si puedes demostrar que no lo necesitas (Bob Hope).
- El honor sin dinero no es más que una enfermedad (Racine).
- El dinero es lo único en el mundo que hace que ande con la cabeza más alta, la mirada más libre y el paso más seguro, y que embista con más fuerza a los demás (Lichtenberg).
- El placer que proporciona la codicia es equiparable al del sediento que bebe agua con mucha sal (Georg P. Harsdörffer).

- Quien no pueda lograrlo de otra forma, debería al menos hacerse famoso por sus deudas (Balzac).
- Mucho dinero, pecados graves; poco dinero, peores aún (del autor).
- La vergüenza es siempre de los pobres. El rico es atrevido y resuelto (Hesíodo).
- El avaro, como el cerdo tripón, sólo es útil después de muerto (Friedrich von Logau).

Y me permito añadir esta sentencia bíblica: “El rico ofende y encima se ufana. El pobre es ofendido y encima pide perdón” (Eclo 13,3).

3. Apéndice: antología mínima

Añadiré unos pocos textos clásicos, de diversas culturas y épocas, para mostrar que lo dicho es una verdad humana muy elemental, pero que tendemos a olvidar. Y que hoy, en este mundo espantoso, se hace más urgente recordar y repetir, aunque moleste y genere agresividades.

Del gran Quevedo es conocida la letrilla “poderoso caballero es don Dinero”. Pero quizá es aún más fuerte este otro poema sobre la “amarga verdad”:

¿Quién hace al fuerte galán
y prudente al sin consejo?

¿Quién al avariento viejo
le sirve de río Jordán?

¿Quién hace de piedras pan
sin ser el Dios verdadero?

El dinero.

¿Quién con su fiereza espanta
al cetro y corona al rey?

¿Quién careciendo de ley
merece el nombre de santa?

¿Quién con la humildad levanta
a los cielos la cabeza?

La pobreza.

¿Quién los jueces con pasión
sin ser unguento hace humanos

pues untándoles las manos les ablanda el corazón?

¿Quién gasta su opilación

con oro y no con acero?⁹

El dinero.

¿Quién procura que se aleje
del suelo la gloria vana?

¿Quién, siendo toda cristiana
tiene la cara de hereje?

¿Quién hace que al hombre aqueje
el desprecio y la tristeza?

La pobreza...

Del arcipreste de Hita (*Libro del buen amor*, 490-527):

Hace mucho el dinero, mucho se le ha de amar
al torpe hace discreto y hombre de respetar.
Hace correr al cojo y al mudo le hace hablar
y quien no tiene manos bien lo quiere tomar.

También al hombre necio y rudo labrador
dineros le convierten en hidalgo doctor.
Cuanto más rico es uno más grande es su valor
quien no tiene dinero no es de sí señor.

Y si tienes dinero tendrás consolación
placeres y alegrías y del papa ración,
comprarás paraíso, ganarás salvación
donde hay mucho dinero hay mucha bendición.

Él crea los priores, los obispos, abades
arzobispos, doctores, patriarcas, potestades,
a los clérigos necios da muchas dignidades
de verdad hace mentiras, de mentiras verdades.

Él hace muchos clérigos y muchos ordenados
muchos monjes y monjas, religiosos sagrados
el dinero les da por bien examinados,
a los pobres les dice que no son ilustrados.

He visto a muchos curas en sus predicaciones
despreciar al dinero, también sus tentaciones,
pero al fin por dinero otorgan los perdones
absuelven los ayunos y ofrecen oraciones.

9. Se refiere a una costumbre de las mujeres de la época de tomar como medicamento aguas ferruginosas, a la que llamaban "tomar el acero". También antes, la alusión al Jordán se refiere a otra creencia de entonces, de que las aguas del Jordán tenían virtudes para rejuvenecer.

Dicen frailes y clérigos que aman a Dios servir
 mas si huelen que el rico está para morir
 y oyen que su dinero empieza a retañir
 por quién ha de cogerlo empiezan a reñir.

En resumen lo digo, entiéndelo mejor
 el dinero es del mundo el gran agitador
 hace señor al siervo y siervo hace al señor.
 Toda cosa del siglo se hace por su amor.

De *La Celestina*:

Mejor sueño duerme el pobre que no el que tiene que guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor ha de dejar. Mi amigo no será simulado y el del rico sí. Yo soy querido por mi persona, el rico por su hacienda. Nunca oye verdad, todos le hablan lisonjas a sabor de su paladar... Las riquezas no hacen rico, mas ocupado, no hacen señor sino mayordomo. Más son los poseídos de las riquezas que no los que las poseen. A muchos trajo la muerte, a todos quita el placer; y a las buenas costumbres ninguna cosa es más contraria... [Sus hijos y nietos] no rezan otra oración sino rogar a Dios que le saque de en medio de ellos; no ven la hora de tener a él so la tierra y lo suyo entres sus manos y darle a poca costa morada para siempre (*Celestina*, Acto 4).

Las tres frases siguientes muestran cómo *Celestina*, cuando *Calisto* la enriquece, acaba cayendo en lo mismo que había criticado tan lúcidamente:

Que sobre dinero no hay amistad (*Pármeno*, Acto 12).

Adquiriendo crece la codicia, y la pobreza codiciando; ninguna cosa hace pobre al avariento sino la riqueza. ¡Oh, Dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia! (*Sempronio*, Acto 12).

Aquel metal que mientras más hablemos de ello más sed nos pone, con sacrílega hambre (*Elicia*, Acto 15).

De *Tao te King*:

Para gobernar al cielo y servir al pueblo, no hay nada como la sobriedad (59). Si acumulas riquezas y honores, solo cosecharás calamidades (9).

No hay mayor calamidad que no saber cuándo es suficiente. No hay mayor defecto que la codicia. Solo quien sabe cuándo es suficiente, tendrá siempre bastante (46).

¿Por qué se muere el pueblo de hambre? Porque los de arriba les gravan en exceso. Por ello se están muriendo. ¿Por qué es el pueblo difícil de gobernar? Porque los de arriba intervienen demasiado y siguen sus intereses personales. Por ello es difícil de gobernar. ¿Por qué el pueblo se toma la muerte

a la ligera? Porque los de arriba llevan una vida lujosa. Por ello se toma la muerte a la ligera. ¡El pueblo no tiene sencillamente de qué vivir! (75).

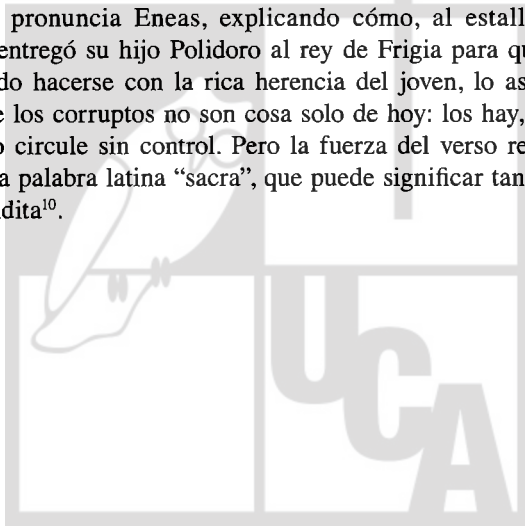
De Sófocles, *Antígona*:

De todas las instituciones humanas, ninguna ha hecho tanto daño a los hombres como el dinero. Él devasta las ciudades, echa a los hombres de sus hogares, él seduce a las almas virtuosas y las incita a acciones innobles. El dinero es el que, en todas las épocas, ha hecho cometer a los hombres todas las perfidias y les enseñó la práctica de todas las impiedades (Acto I, Creonte al sospechar que los guardias que custodiaban el cadáver de Polinice han sido sobornados).

Y del libro III de la *Eneida*, de Virgilio, los famosos hexámetros:

¡Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis!: ¡hambre idólatra del oro!, ¡a qué cosas obligas a los corazones humanos!

La frase la pronuncia Eneas, explicando cómo, al estallar la guerra de Troya, Príamo entregó su hijo Polidoro al rey de Frigia para que se lo cuidara, y este, esperando hacerse con la rica herencia del joven, lo asesinó. Un modo de decirnos que los corruptos no son cosa solo de hoy: los hay, y los habrá, allí donde el dinero circule sin control. Pero la fuerza del verso reside en el doble significado de la palabra latina “sacra”, que puede significar tanto sagrada como execrable o maldita¹⁰.



10 Como se refleja también en el importante título de M. Agamben, *Homo sacer*.